



BREVARIO DE SANTA ANA

Jorge Fernández Bustos

BREVARIO DE SANTA ANA



Primera edición: abril de 2024

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jorge Fernández Bustos

ISBN: 978-84-10253-48-3

ISBN digital: 978-84-10253-49-0

Depósito legal: M-10464-2024

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para mis nietos Abril, León y Tristán,
por la naturaleza mítica que empieza con sus nombres.*

Contar la vida también supone en cierta manera inventarla.

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD

Un hombre precisa hacer provisión de sueños.

JOSÉ SARAMAGO, *Memorial del convento*, 1982

Para tales amores son las religiosas,
para rogar a Dios con obras piadosas,
que para amor del mundo son peligrosas,
e son las escuseras perezosas, mintrosas.

FRANCISCO DE QUEVEDO

Fue una monja dicen la que inventó el alambre de espino.

JAMES JOYCE, *Ulises*, 1922

Soy un error de Dios, aquí, con estos hábitos.

JUAN DE LOXA, *Quiso ser trapequista*, 1972

¡Ay, señor, cuan fingidas son las superiores de los conventos!

DENIS DIDEROT, *La religiosa*, 1760

Veritas est in puteo [La verdad está en el pozo].

DEMÓCRITO (según Diógenes Laercio, siglo III)

¡Opio! ¡Temido agente de placer y horror inimaginables!

THOMAS DE QUINCEY,

Confesiones de un inglés comedor de opio, 1822

PREFACIO

Lo peor de la vida es la muerte. Lo mejor de la muerte es la esperanza de un mundo por venir. Es lo que pensamos en vida, porque los muertos ya no piensan, ya no sienten. Nos morimos y punto, hasta la resurrección final, que vendrá cuando Dios quiera, y mientras tanto criaremos malvas y protegeremos a los vivos o penaremos en el infierno o purgaremos en el limbo o gozaremos en el Edén o en los Campos Elíseos junto a Helena, Aquiles y los demás héroes. Los muertos, ¡ay!, tan solo están muertos y la vida continúa, imparable. Lo más doloroso quizá sea esta incompreensión de vernos muertos y de que el mundo siga girando con sus achaques y contratiempos y los pájaros cantando en libertad. Por ahora hay más muertos que vivos. ¿Dónde irán los que fallecen? Con ellos también mueren sus recuerdos y sus manías y todos los que convivieron con ellos que ya no están. ¡Toda muerte es múltiple!

PRIMERA PARTE

EL CONVENTO

No despertó esa fresca mañana de otoño antes de la acostumbrada hora de maitines la mística sor Dorotea por el nerviosísimo repique de arrebató de la campana en lo alto de la torre truncada de la capilla anunciando cualquier catástrofe cercana —que también— ni el canto del gallo antes de su hora habitual, sino la trisca y el gemiqueo desencajado de sus hermanas que se elevaba desde el patio en extensa vaharada rumorosa penetrando por el alto ventanuco entreabierto de su fría celda como ícubo seductor o aquelarre al uso en la mismísima casa de Dios. En camisa y con el cabello revuelto se aupó en la jerga cálida y deshecha de recién amanecida alcanzando el vano acristalado por donde pudo advertir junto al aljibe que promediaba el impluvio los llantos y el horror acumulados de sus compañeras profesas. Calzados los pantuflos y un echarpe dispuesto sobre su ropa de noche, en piernas, sin toca y sin lavar, sumó su alarma al resto de la concurrencia que circundaba la figura yacente de sor Bonifacia, la actual madre superiora, tendida en el piso con los ojos desmesuradamente abiertos, el pelo adherido al rostro y rota mortalmente por el gollete. La sangre que manaba por sus oídos y por sus fosas nasales se diluía con el agua que exudaba su cuerpo esponjado como rodilla sin escurrir. Recién la habían alzado desde la oquedad de la antigua cisterna que bastecía el convento de agua fresca, cristalina y aseada cuando las congregadas, todas ellas en cuerpo, sin las habituales tocas reverendas, atendían el fatal episodio alejadas discretamente de la interfec-ta que se amorataba por segundos con la palidez de la muerte en

los labios y la mirada perdida de un pavor comprensible; las más permanecían abrazadas entre sí o asidas a su propio vientre como en estado de preñez y se preguntaban el porqué de una muerte a simple vista autoinflingida y con evidente sinsentido. Ninguna razón tenía sor Bonifacia para quitarse la vida y abandonar este valle, de lágrimas, sí, pero también lleno de luz y esperanza —como solía clamar la misma finada—, y sin que en su cuerpo (ni en su cabina, como después se pudo comprobar) se hallara rubricada esquila de despedida o escueta explicación de su repentina ausencia de este mundo como pataleo final de todo suicidado de bien. Nunca tuvo proclividad de desesperada ni en manifiesto tácito ni en confesión, a pesar de haber nacido sietemesina, como el común de las personas que tienden al suicidio.

Sor Cándida, la hermana cocinera, con la sonrosada obesidad de sus carnes prietas y sus manos acolchadas, la había hallado antes del amanecer, cuando se acercó al aljibe para rebañar el agua que aún bastecía la base del cimiento para principiar las tareas domésticas que requiere el condumio mañanero de la santa comunidad. Mientras se aproximaba al aljibe llamó su atención que el cubo de cobre no gravitara en el pretil, como de habitual norma, y mentalmente culpó al descuido y el farrago de alguna de las novicias que habían ingresado en Santa Ana a finales de ese verano, quizá sor Sacramento, quizá sor Brígida, tal vez Anna Karlsson la *Sueca*, pero no fue más que empinarse (su corta estatura así lo exigía), asomar breve la testuz a la hendidura del brocal musgoso y asir la cuerda que, con las primeras luces que presta la mañana a los madrugadores, advirtió en el fondo del fondo del abismo un familiar bulto blanquinegro que sin lugar a dudas correspondía a un cuerpo con hábito o un hábito con cuerpo, que nunca se sabe.

Las primeras voces de sor Cándida convocaron al sollastre —jovenzuelo delgado y sordomudo de cabellera indomable llamado a secundar las tareas en la cocina—, que acudió prontamente, sobrado de energía a la tal hora de la mañana bajo su camisa de lienzo blanco anudada a la cintura con un metro de cáñamo sobre sus cal-

zas deshilachadas, descalzo, pitañoso y con churretes en la cara, a pesar de las perentorias abluciones mañaneras. Cándida se extrañó al punto, no sin razón, de que el primero en acudir a su llamado de socorro no fuera sino un muchacho que no podía oír (¡los caminos del Señor son inescrutables!). Entre ambos dos, haciendo de tripas corazón, halaron del guardín comenzando a izar el cuerpo prendido de la monja damnificada, pero al instante se le unieron en el esfuerzo los brazos desnudos de un par de hermanas que habían acudido con mayor prestancia que las demás, la resistencia se minimizó y el cubo subió completamente solo y algo abollado por la caída. El bulto había resbalado nuevamente desde considerable altura matando posiblemente lo ya muerto. Si el primer golpe no descalabró a la víctima, el segundo sería conclusivo, dándole el finiquito postrero, el tiro de gracia o la puntilla como si dijéramos. No obstante —conjetura inútil—, no cabía esperanza alguna; la distancia que separaba el piso de la boca superaba fácilmente las cinco varas, cerca de once codos de caída libre a una piscina semi-vacía, pues en llegando esos meses, cada cuatro o cinco años, se vaciaba la cisterna en su totalidad para, una vez limpia y reparados los posibles ajes de la erosión, rellenarla nuevamente con las lluvias de las estaciones venideras. Basilio, el pinche chafarrinado en su mudez, siempre con rasguñadas, conocido como *Cuatrodedos* por razones evidentes —en la derecha le faltaba el índice—, tuvo que descender con mucho tiento entre la gélida y húmeda oscuridad del pozo y amarrar la soga al cuerpo de la víctima bajo los brazos conociendo de inmediato la identidad de la fallecida, aunque por lo que se sabe no pudo anunciar el descubrimiento —su nombre, como tantas otras palabras, quedó tristemente ancorado en su garganta—; tan solo miró hacia el punto cenital de luz que se abría sobre su cabeza con los ojos ligeramente aguados y, tras la señal convenida, una docena de manos al unísono —«¡una, dos, tres, ahora!»— comenzaron a halar con seguridad el cuerpo yacente. Estando en esa coyuntura, al chico se le pasó por el magín que lo complicado ahora sería —como fue realmente— subir esos once

codos a pulso, seguramente sin el socorro ni el aliento requeridos hasta la embocadura pues nadie prestaría atención y, para más inri, se veía incapacitado para pedir la ayuda que precisar precisara. La sorpresa definitiva se la llevaron las sóroses cuando sobre las losas gastadas del patio, con hierbecilla en las junturas y escarcha rezagada, tendieron al chorreante guñapo, identificando el cadáver y comprobando al punto que su hermana era su madre. Sor Engracia, la hermana campanera, no más ver el cadáver, arremangando su hábito por encima de las rodillas, corrió a darle desenfundadas alas al badajo de la torre truncada para enterar del suceso al resto de la congregación, por si alguna aún no se había despertado con la behetría comunal, y aún al de las calles y barrios adyacentes que comenzaban a desperezarse a esas horas que el sol —aunque tímido en esos días otoñales— comenzaba a emprender su camino ajeno y preciso de este a oeste a través del firmamento en su carro de fuego.

Todas las mañanas la gualdraperera sor Teresa de Toledo de anterior nombre Clodovea Sanchís de Parma madrugaba más que ninguna otra madrugadora en el convento y aún en la ciudad de Granada si es que acaso dormía que por no poseer no gastaba ni cama pues si era observada a través del vano sin puerta de la parquedad de su misma habitación su estado habitual pasaba por estar postrada en el reclinatorio ajado de roñoso terciopelo de Génova color rodено con su enorme rosario en las manos y con los ojos emblanquecidos hablando a solas en subida voz consigo misma o quizá con el Altísimo o vaya usted a saber en espera del escueto desayuno que se dejaba servir muy de mañana consistente tan solo en un vaso de agua templada y un mendrugo de pan de centeno del día anterior depositado por alguna novicia en el umbral del tabuco carente de puerta como ya se dijo en el suelo a manderecha sin apenas asomarse ni atisbar el interior por lo que pudiera ocurrir al igual que la comida siempre escasa o como la cena frugal de la que apenas daba cuenta y así hasta el siguiente amanecer que volvería

a lo mismo con su cara consumida y el lagrimal pronunciado y su pelo al descubierto color ceniza de un lacio enmarañado sin remedio como el gato sin cola del convento en libertad que le llegaba a la cintura y a veces se le enredaba en el cilicio pinchudo y aferrado por días a su costado estrechando su delgadez que pasado el tiempo conviene en tanta flaqueza que ya solo luce piel embebida pegada al hueso emblanquecido cubierto por burdo sayal pardo que fuera níveo pero debido al flagelo continuo rezuma aquí y allá una mezcilla de gotas rojas y verdes y amarillas de sangre y pus mostrándose casi en transparencia o tan solo su osambre a juego con el Crucificado que arrepisa mira de continuo y sus votos son de silencio y abandono para expiar alguna culpa de un pasado que le pesa y le muerde como el Gran Negro pero nadie conoce salvo ella por el cual se mortifica una y otra vez con las disciplinas de cáñamo y fierro en los ramales que dejan nuevos hilillos sanguinolentos en sus escápulas que se le pegan a la camisa y ya son costras de piel y tela y coágulo semejadas al Ecce Homo de la puerta de la iglesia mayor que hiciera don Diego de Siloé en mil y quinientos y veinte y nueve y que da terror sobre todo a las jóvenes pensionistas que no se atreven a pasar por delante de su celda por más que la madre abadesa diga que es un alma de Dios y una anacoreta a semejanza de Paula la *Romana* pero en vez de aislarse en un desierto penaba sus días en cenobio encerrada para abundar doblemente en la soledad de estar aprisionada y la tentación de andar rodeada de sus pares y del trasiego y el conventual abrazo.

Para el pobre un hijo era una bendición, aunque hasta que no superase los delicados primeros siete años —a veces antes—, en los que recibiera la comunión primera y ya fuera dable sacarle algún provecho, suponía un lastre para la familia, semejante a la sanguijuela que chupa la sangre y acaso en un descuido merma la vida, sobre todo si la madre brilla ausente. Basilio —el padre— sentaba su cansancio y una cojera adquirida que se le agudizaba en días nubosos, en especial los equinocciales, en la calle de la Cárcel, es-

quina San Jerónimo, al pie de la única torre que ostentaba la Iglesia Mayor, todas las mañanas menos domingos y fiestas guardadas con su piedra de amolar pregonando el oficio a golpe de chispa y zampona. Una sarta de cuchillo, escarpia, tijera y arma blanca, de tiro liso y dentado, brillantes como luna plena, mostraban orgullosos su arista filosa en paño de tarlatana a manderecha del artesano, que probaba el resultado, cuando fuera menester, demediando utensilios varios, desde piezas de fruta y verdulerías hasta las más diversas maderas y retales, según dureza y resistencia contrastados. Su número especial —por llamarlo de tal manera— consistía en colocar un centillero de siete luces en el que con suma habilidad sajava de un rápido y limpio mandoble a su mitad sendas velas con segur, hoz o espada bruñidos sin que abandonaran un ápice su posición en el flamero, manteniendo incluso la llama encendida, fulgente, bamboleante. Tanto es así que en más de una ocasión se vio obligado a empujar los cirios para advertir su trunco a la concurrencia que pagaba la habilidad y eficacia con manifiesto asombro y aun con sentidos aplausos de aprobación. En cofín de mimbre arropado con repostero de lana, a la altura de su mano izquierda, casi de costumbre dormía su inocente sueño un roro oscurecido —más de nacimiento que de omisión— que respondía, si es que pudiera responder, al mismo nombre de Basilio de su padre, y era tan prudente, así de chiquito, que ni pan pedir pidiera. Su llanto se mostraba tan ausente como huida se hallaba su bendita madre; se diría que no causaba ruido para no importunar, aunque la cuestión prima —que en este caso con la última coincide— es que el niño nació compuesto pero sin voz y sin oído, que por veces se aúnan formando un solo mal, pues quien no oye solo barbotas y quien no habla no atiende lo que ha de decir. La madre de Basilio segundo, hijo de Basilio primero —para entendernos—, conocido como *Cuatrodedos* —por lo que se relatará más adelante—, era hija de un soldado de fortuna, de origen bohemio, de seis pies de estatura, cetrino y de gesto malcarado —calzaba una oncenca de puntos de rostro de una cuchillada que le partía la mejilla derecha casi hasta el